

Junio 2013

«Pero si obrando el bien soportáis el sufrimiento, esto es cosa bella ante Dios» (1 P 2, 20) .

El apóstol Pedro está instruyendo a sus comunidades sobre el espíritu genuino del Evangelio en sus aplicaciones concretas, con especial referencia a la condición y al estado de vida al que cada cual pertenece.

Aquí se dirige a los esclavos que se han convertido a la fe, quienes, como todos los esclavos en la sociedad de entonces, sufrían incomprensiones y maltratos completamente injustos. Es-tas palabras van dirigidas por extensión a todas las personas que en cualquier tiempo y lugar tienen que sufrir incomprensiones e injusticias por parte de sus prójimos, sean éstos superiores o iguales.

«Pero si obrando el bien soportáis el sufrimiento, esto es cosa bella ante Dios».

A estas personas el apóstol les recomienda que no cedan a la tentación instintiva que podría surgir en semejantes situaciones, sino que imiten el comportamiento de Jesús. Incluso los exhorta a responder con amor y a ver en esas dificultades e incomprensiones una gracia, es decir, una ocasión permitida por Dios para dar prueba del auténtico espíritu cristiano. Ade-más, de este modo, mediante el amor, podrán llevar hasta Cristo a quien no los comprende.

«Pero si obrando el bien soportáis el sufrimiento, esto es cosa bella ante Dios».

Algunas personas, partiendo de estas palabras o de otras similares, quisieran acusar al cris-tianismo de favorecer una excesiva sumisión, que adormecería las conciencias y las haría me-nos activas en la lucha contra las injusticias.

Pero no es así. Si Jesús nos pide que amemos a quienes no nos entienden y nos maltratan, no es porque quiera hacernos insensibles a las injusticias; ¡al contrario! Quiere enseñarnos có-mo construir una sociedad verdaderamente justa. Esto se puede hacer difundiendo el espíritu del amor verdadero, empezando por ser nosotros los primeros en amar.

«Pero si obrando el bien soportáis el sufrimiento, esto es cosa bella ante Dios».

¿Cómo vivir, pues, la Palabra de vida de este mes?

También nosotros hoy podemos sentirnos incomprensidos y maltratados de muchos modos,

empezando por la falta de delicadeza y los desprecios o también mediante juicios malévolos, ingratitudes, ofensas e injusticias en toda regla.

Pues bien: incluso en todas estas ocasiones debemos dar testimonio del amor que Jesús trajo a la tierra y tuvo por todos, es decir, también por quienes nos tratan mal.

La Palabra de este mes quiere que, aun defendiendo legítimamente la justicia y la verdad, no olvidemos nunca que nuestro primer deber como cristianos es amar al otro, es decir, tener con él esa actitud nueva de comprensión, acogida y misericordia que Jesús tuvo con noso-tros. De este modo, incluso aunque defendamos nuestras razones, nunca romperemos la re-lación, no cederemos a la tentación del resentimiento o de la venganza.

Y actuando así, como instrumentos del amor de Jesús, también nosotros seremos capaces de llevar a nuestro prójimo hasta Dios.

CHIARA LUBICH

Publicada en Ciudad Nueva n. 255 (5/1990), pp. 9-10.

Cita tomada, sólo en este caso, de la Biblia de Jerusalén en lugar de la Biblia de la CEE, más difícil de entender.